

tu fuga a extraños meridianos,
lejos de la nutricia tierra
cuna de tu raza y de tu estirpe.

¿Qué fué de tus socias
el profesoral Juan de Mairena
y el docto y lírico Abel Martín
a quienes tú, con tu *fiat* creador,
dotaste de precaria vida
y diste muerte prematura?

¿Y Guiomar, la enigmática Guiomar,
carne y sangre de tu fantasía,
tu dulce *Beatrice* a quien ceñiste
con cálido abrazo inolvidable,
llama viva que iluminó
los años postreros de tu vida?

Y allá, en la soriana orografía,
el alto Espino en que Leonor reposa
y espera tu retorno
del duro exilio de la dulce Francia,
ligero de equipaje y desnudo,
cual tú cantaste, como los hijos de la mar
—polvo y ceniza ya—
para dormir unidos
bajo el húmedo halago de la tierra
el sueño eterno en el seno de Dios,
—del Dios que tú tenías
dentro del corazón—
brezado por los vientos del Moncayo
y el cósmico rumor del padre Duero.

POMPEYO CRUZ

TRUJILLO EN FIESTAS

La Virgen de la Victoria. La Virgen de Fátima

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA



E aquí lector amigo, dos devociones que realzan el alma trujillana: La devoción a la Santísima Virgen de la Victoria, excelsa Patrona de esta ciudad, y el encanto de Nuestra Señora de Fátima, prodigio permanente de idílica ternura y de inmarcesible candor. Fátima se ha dicho, estos días, que es la revelación más estupenda de los tiempos modernos.

Pero la Virgen de la Victoria y la de Fátima son dos sagradas imágenes de una misma celestial Señora: de MARIA. María es nombre delicioso y exuberante, embriagado de aroma teológico, sacado por Dios del tesoro de su divinidad. Digamos que las advocaciones marianas son todavía más numerosas y brillantes que las estrellas del cielo: Guadalupe, el Pilar, Covadonga, Loreto, Montaña, Victoria, Lourdes, Fátima... En total, infinitos títulos de esta gran Bienhechora de los pueblos.

Fue San Justino, siglo II, el primer adelantado que nombró a María con el dulce y venturoso apelativo de VIRGEN. Y después, se extendió como relámpago de luz, bañado de pureza y humildad por la Iglesia militante. A Orígenes, siglo III, se atribuye el haber dado a María el título de Madre de Dios. Así, María, resalta como la criatura más encumbrada: Superior a Ella, sólo Dios, sólo Jesucristo.

Aparte de la hermosa perla de la Maternidad divina que ostenta María, como la joya más valiosa de su imperial corona, fulge el diamante de su Virginidad perpetua. Porque María es la única mujer que es Madre y Virgen. Virgen y Madre acrecentada: tanto más virgen cuanto más madre; y tanto más madre cuanto más virgen.

En el orden natural, ya lo sabemos: maternidad y virginidad se excluyen: Toda mujer, salvo María, con afán de conservar el blanco lirio de la virginidad, ha de ser a costa de la aureola de la maternidad. O de otra forma: la maternidad natural es opuesta a la virginidad, según el binomio antagónico, virginidad-maternidad: Son dos fuerzas que sólo se han abrazado en la ternura del Inmaculado Corazón de María.

María fue la única mujer que «Entre las vírgenes fue Madre, y entre las madres fue Virgen». Porque por un milagro el Hijo de Dios

no debía nacer si no era de una virgen, y la Virgen no debía tener otro hijo, si éste no era Dios. Para tan excelsa misión fue formada, enaltecida y glorificada: Para ser Madre de Jesús.

Ya podemos cantar, con la Iglesia, a esta linda Doncella de Nazaret: ¡Oh María! ¡Oh Virgen! Y con plenitud más gozosa: ¡Oh Virgen María!

Arde, en estos días de emoción mariana, Trujillo, con las fiestas religiosas en honor de su Patrona, la Virgen de la Victoria: El triunfal traslado de su imagen, entre el fervor anhelante de sus hijos que la invocan y aclaman hasta el histórico y bello templo de San Martín, vestido de luz, adornado, con exposición mayor de S.D.M., rezo del Rosario, preces de la novena, elocuente predicación mariana, cantos y alabanzas al Señor y a la Virgen que llenan el alma de melodía y júbilo, los venerados sacerdotes, nuestras autoridades, el pueblo fiel que desborda el recinto sagrado y palpita en transportes de alegría para agasajar a la Madre y Virgen: Una ciudad a los pies de Jesús Sacramentado y del trono de su más dulce Señora.

Además, nuestro pueblo, este año jubilar del primer cincuentenario de las Apariciones, la Virgen de Fátima, a contar de la áurea fecha, 13 de Mayo, va pasando por los templos de la ciudad y de su periferia, sobre todo, como visitadora y consuelo de los pobres y desamparados, dejando, por calles y plazas, una vibración lírica de casta sencillez y avasalladora fragancia, que arrastra los corazones hasta ganarlos para Jesús. Trujillo vive estos días un fervor bíblico de Cruzada espiritual y renovación cristiana, según la medida del Concilio, que, la Virgen anhela para sus hijos: Vive el mensaje divino, de paz y ternura y humildad, tantas veces reiterado por la Virgen a los privilegiados pastorcitos para la salvación del mundo.

La graciosa y atrayente imagen de la Soberana portuguesa, viene recibiendo en los numerosos templos trujillanos, cultos en su honor, a los que, cada vez, se suman las muchedumbres enfervorizadas, que luego no aciertan a separarse de Ella. Y es que la devoción a la Virgen nos garantiza la pertenencia al redil de Cristo y nos lleva, derechamente, al jardín de la clemencia divina.

Ahora, en pleno novenario ofrecido a la Patrona de Trujillo, la imagen de la Virgen de Fátima celebra, también, el cincuentenario de su última aparición, 13 de Octubre, en medio de un ambiente religioso, florecido de entusiasmo de esta ciudad devota de la Reina de los cielos, orlada con la aureola de Madre, por su pura concepción, y la de Virgen, por su integridad inmaculada: Porque María es la única mujer, Virgen y Madre, a la vez.

Tan hecho estoy a perder

Tan hecho estoy á perder
lo que he llegado á gozar,
que no me atrevo á tocar
lo que quiero poseer.
La vida es una mujer:
después de la posesión,
se evapora la ilusión,
sus fauces abre el vacío
y las sierpes del hastío
se enroscan al corazón.

Con cierto terror sagrado
piso el mundo, y me parece
que todo se desvanece
cuando apenas lo he gustado.
Mi espíritu, arrodillado,
mira las cosas hermosas,
estrellas, mujeres, rosas...
Con la adoración me basta:
no quiero romper la casta
virginidad de las cosas.

Me deleito al contemplarlas
y no aspiro á poseerlas;
tengo miedo de perderlas
en cuanto llegue a tocarlas.
Con tal de no profanarlas,